



Los comunistas y la democracia o

Los costes de no asumir las contradicciones

por Jordi Borja

Una primera versión de este artículo fue escrita en catalán en los meses de junio-julio de 2010 para un libro colectivo conmemorativo de los 50 años de la fundación de la revista *Nous Horitzons* que debe aparecer a principios del año 2011. El autor no se ha limitado a traducir el texto al castellano para su publicación en *El Viejo Topo*, lo ha modificado y ha ampliado bastante en todas sus partes y ha añadido esta introducción.

Esta revisión ha tenido en cuenta las observaciones orales y la lectura del artículo, para la misma obra conmemorativa, "Ideari comunista i marxisme a les pàgines de Nous Horitzons 1960-80", de Joaquim Sempere, que fue director de la citada revista desde mediados de los 70 hasta finales de 1980. Nuestras opiniones no han sido siempre coincidentes pero las suyas siempre han sido estimulantes. Y las diferencias nunca han cuestionado la estima intelectual, la amistad personal y la complicidad de la militancia compartida. En una época en que las divergencias parecían más importantes que ahora Joaquim Sempere, en sus funciones de director, me solicitó con frecuencia artículos para NH. Siempre los escribí, es probable que no siempre estuviera de acuerdo con mis posiciones, pero nunca expresó ninguna reticencia a su publicación. También he tenido en cuenta la entrevista de Xavier Folch a L'Avenç (setiembre 2010) en especial su comentario sobre la correlación entre clase social (burguesa o clase media) y posición política (eurocomunista). Así como algunas conversaciones recientes con Rossana Rossanda (además de la lectura hace ya algunos años de su hermoso libro de memorias "La muchacha del siglo pasado") y la reciente publicación de "El sastre de Ulm. El comunismo del siglo XX" de Lucio Magri (El Viejo Topo 2010).

Es un momento oportuno para este tipo de reflexiones y debates. En el ámbito local se cumplen ahora 30 años de la fractura, o mejor implosión, del PSUC (1981), un suicidio político como analizan con rigor y empatía en otro libro de reciente publicación Carme Molinero y Pere Ysàs ("Els anys del PSUC. El Partit de l'antifranquisme 1956-1981"). Hoy los partidos resultantes forman desde hace algunos años una coalición electoral (ICV-EUiA) y la grave crisis económica del capitalismo y política de la izquierda institucional, impele a desarrollar una política más centrada en la movilización social. La conclusión lógica debería ser una recomposición política de la izquierda (lo que hay a la izquierda del PSOE) y una reunificación de las corrientes comunistas, por lo menos de las procedentes de su vector más importante, el PSUC, y sectores afines de los movimientos sociales y sindicales. Este período nos exige clarificar el proceso histórico que nos ha llevado hasta aquí, las contradicciones y limitaciones de nuestra cultura política, las razones de los éxitos y de los fracasos, lo que hay de válido hoy en nuestro pasado para interpretar el presente y para proponer objetivos y alternativas. Desde nuestra cultura política, comunista y democrática, debemos asumir tanto nuestros errores como nuestros éxitos y aprender también de las ideas y de la práctica

de los movimientos sociales y culturales ajenos pero que se sitúan también en la crítica de un capitalismo especulativo y depredador y de una política cómplice que ha degradado la democracia mediante la acentuación de las desigualdades y la exclusión de importantes sectores sociales.

El marxismo y el comunismo han vuelto, relativamente, a la actualidad. En la prensa anglosajona y francesa se habla de una (discutible) moda filosófica¹. La crisis actual del capitalismo y de la socialdemocracia lo ha facilitado. Se reeditan las obras y se publican biografías de Marx, Engels y otros “clásicos” del comunismo ortodoxo y del disidente, como Trotsky, y renace el pensamiento anarquista. En los “nuevos movimientos sociales” se recupera en parte esta cultura que se había quedado sin dueño político. En amplios sectores de la opinión pública politizada se expresa una demanda latente de explicación crítica del porqué estamos donde estamos, como ha sido posible que el sistema capitalista nos haya llevado a situaciones catastróficas y como ha sido posible que la izquierda haya sido cómplice unos e impotentes otros. Hay también una necesidad de alternativa, de esperanza en un mundo mejor, más justo. El pragmatismo gestor del social-liberalismo no ha sido al final ni social, ni liberal, y cuando debía reaccionar ante las mafias financieras se ha arrodillado ante ellas. Nos encontramos ante una oportunidad política y un desafío intelectual. Solo avanzaremos y responderemos a este desafío mirando a nuestro pasado sin ira, con lucidez en la medida de lo posible y sin triunfalismos ni autojustificaciones. La ira que nos inspira el presente podrá convertirse en una fuerza que nos permita recuperar una idea de futuro.

Este modesto artículo pretende únicamente aportar algunas razones acerca de cómo fuimos víctimas de nosotros mismos. Fuimos el “partido del antifranquismo” como titulan acertadamente los autores del libro antes citado. Medios de comunicación y líderes políticos de todo tipo reconocen que fuimos la fuerza más sólida de la lucha democrática y actuamos con realismo y responsabilidad en la transición... aunque este reconocimiento se expresa en especial cuando se mueren personalidades como Camacho, Solé Tura o cuando se refieren a un Carrillo tan lúcido como desarmado, mientras lo que queda del PCE agoniza (literalmente: lucha por vivir). Esta fuerza, no tan sólida como parecía, se desvaneció en el aire cuando estaba en su cénit. En Catalunya, en 1980 el PSUC se acercaba al 20% de los votos, con varias decenas de miles de militantes y simpatizan-

tes activos; era la segunda, o primera, fuerza en la mayoría de ciudades grandes y medianas y la que tenía más capacidad de movilización social. En 1981 se había roto, una parte de sus cuadros se repartieron en dos, luego tres organizaciones distintas, otros se fueron a otros partidos, y gran parte de los militantes a la “sociedad civil” o a su casa. Los electores lo abandonaron: en 1982 el PSUC apenas alcanzó el 4%. La crónica de esta ruptura está hecha desde perspectivas distintas. No pretendemos rehacerla, ni menos utilizarla para fustigar a unos y justificar a otros. Hubo sin duda responsabilidades colectivas, especialmente del grupo dirigente, y presiones externas, algunas procedentes del Este. Pero estos errores propios y estas maniobras ajenas tuvieron efectos letales debido a las contradicciones estructurales de nuestra cultura política, en especial la ambivalencia sobre la democracia y la confusión sobre la relación entre democracia y socialismo. Las contradicciones cuando no se asumen son destructoras. Resulta curioso, o paradójico, que un partido que se reclamaba de la dialéctica no supiera gestionar las contradicciones, ni tan solo entenderlas. Marx los (nos) hubiera calificado de “proudhonianos”.

Ingrao, el máximo representante de la izquierda del PCI, tituló sus memorias “Volevo la luna”. Ciertamente, queríamos la luna, pero también éramos pragmáticos. Como respondió Togliatti al economista norteamericano Paul Baran “somos un partido responsable ante los trabajadores que confían que defendamos sus intereses aquí y ahora” (de un artículo en la *Monthly Review*, 1976, citado por Magri en el libro citado antes). Sin embargo la pregunta de Baran necesita respuesta: ¿cómo se puede realizar una transformación socialista en el marco político-legal de una democracia de hegemonía capitalista?

El silencio de los comunistas

Il silenzio dei comunisti es el título de un pequeño gran libro: la correspondencia entre Vittorio Foa, sindicalista, intelectual, socialista histórico radical, con frecuencia a la izquierda del PCI, con dos interlocutores que fueron destacados militantes del PCI, Miriam Mafai, periodista de *La Repubblica*, y un histórico dirigente, Alfredo Reichlin, exdirector de *L'Unità*.² Esta correspondencia se produjo a principios de este siglo, cuando el PCI había abandonado su referencia comunista para denominarse “Partido de los demócratas de izquierda”. Unos años después la deriva derechista iniciada se acentuó

El problema que deben afrontar los comunistas es haber perdido por el camino un proyecto de futuro.

En el fondo predominaba la idea instrumental de la “democracia” y los equipos dirigentes evitaban especular sobre el carácter de esta alianza y sus posibles contradicciones.

considerablemente al definirse como “Partido Demócrata” y acceder al liderazgo Veltroni. A medida que se producía esta metamorfosis se perdían gradualmente la mitad de los votos, dos tercios de los militantes y la hegemonía cultural que ejercía en gran parte de la sociedad urbana.

* * *

Un inciso: Tuve la ocasión de asistir al lanzamiento del nuevo líder como candidato a jefe de gobierno al frente de una coalición de centro-izquierda. Fue en Turín, en junio del 2007. En la ciudad de los comités de fábrica, en la que emergió el liderazgo de Gramsci y bastión del naciente PCI y de su base trabajadora. En su discurso ninguna referencia a esta historia ni a sus protagonistas (en ningún momento se citó al PCI, a Gramsci, al movimiento obrero de la FIAT). Ningún análisis crítico del capitalismo especulativo que tres meses después entraría en crisis, ninguna propuesta ilusionante y movilizadora para transformar la sociedad. Buenas palabras sobre el medio ambiente, pero no sobre los agentes causantes de su deterioro; sobre la pobreza en el mundo, pero ni una denuncia de las políticas imperiales ni de la acción de las multinacionales; sobre los valores religiosos, pero ninguna crítica a la involución reaccionaria de la Iglesia de las últimas décadas. La música que inició y cerró el acto no fue la Internacional, ni Bandiera Rossa, ni siquiera el Himno de los trabajadores de Turati. Fue una balada, “Su blanca palidez”. Muy apropiada. Cuando Foa y sus interlocutores intercambian sus misivas la izquierda iba ya muy mal. El Partido Socialista liderado por Craxi primero se había entregado a la corrupción berlusconiana, luego se autodisolvió de facto. El PCI había dejado atrás no sólo su nombre, también su articulación con el

mundo del trabajo y la “cuestión moral”, central en la época de Berlinguer. Poco después la conversión en Partido Demócrata demostró que cualquier situación por mala que sea puede empeorar.

* * *

El dilema de los comunistas después de la caída del muro de Berlín era decidir si asumían o no su historia, si mantenían o



Al principio de la transición el PCE era capaz de reunir a grandes masas



Entierro de los abogados laboristas asesinados en Atocha

no sus siglas y su organización. En cualquier caso era imprescindible analizar de forma crítica, radical y pública su historia. El Partido Comunista francés optó por el mantenimiento, pero evitó cuestionar su historia. Su caída ha sido vertiginosa. Hasta los años 70 obtenía entre el 20 y el 25% de los votos, un porcentaje que se doblaba entre la clase trabajadora. Ahora se mueve en porcentajes de entre el 2 y el 5%. El PCI por su parte cambió de nombre, y de política para optar por un centrismo electoralista y de sustitución del arraigo social por la presencia mediática. Y también optó como organización por la negación de su historia mediante el olvido y el silencio, a pesar de que algunos exlíderes políticos e intelectuales aportaron interesantes contribuciones a una revisión crítica de su pasado, precisamente para poder al mismo tiempo asumirlo con orgullo. Resultado: tanto el PCI como el PCE, los dos grandes partidos comunistas de Europa occidental, la representación política de los trabajadores durante medio siglo, se fueron disolviendo en los últimos 20 años.

El silencio de los comunistas sobre su pasado es un gran tema. Se trata de cuestionar y de procurar entender las razones y los tabús que impidieron, o por lo menos frenaron, a los

comunistas occidentales asumir críticamente la realidad terrible del estalinismo y que estimularon la ambivalencia cultural sobre la democracia y el pluralismo.

En el primer tercio de siglo, periodo de nacimiento y desarrollo de los partidos comunistas, las izquierdas vinculadas a los trabajadores tenían razones para considerar la democracia formal como una forma de dictadura del capital. La democracia no existía en las fábricas y en general en los lugares de trabajo: salarios bajos y condiciones penosas, precariedad de los derechos y del puesto de trabajo, autoritarismo y arbitrariedad en las relaciones laborales. A la represión social y económica se añadía la represión

política por parte de los gobiernos empeñados en confirmar, con ocasión de cualquier conflicto social, la clásica definición del Manifiesto sobre los Estados como Consejos de Administración de la burguesía en su conjunto. La primera guerra mundial fue una masacre de trabajadores de uno y otro bando que un personaje moderado como Paul Valéry calificó como una contienda en la que los pobres se mataron entre sí para que los ricos se enriquecieran más. La represión sobre los movimientos obreros revolucionarios que siguió a la “gran guerra” fue tan cruel como sistemática y afectó principalmente a los nacientes partidos comunistas (en Alemania sus dos míticos líderes, Liebknecht y Rosa Luxemburg fueron asesinados por la policía). El ascenso del fascismo y del nazismo en los años 20 y 30 fue paralelo con la consolidación de la URSS y el crecimiento de los PPCC. La concepción de una revolución socialista como “ruptura” del orden económico y político “burgués” era compartida por diversas corrientes socialistas, anarquistas y revolucionarias varias. La existencia de la URSS parecía confirmar la posibilidad de que esta vía era posible y proporcionaba un hálito de esperanza a militantes perseguidos y trabajadores empobrecidos, primero por la guerra y la

postguerra y luego por la crisis de 1929. A partir de la política de frentes populares (1936) y de algunos programas sociales anunciadores del welfare state se pudo comprobar que en democracia se podían conseguir progresos importantes, pero las reacciones de las derechas de la época y la lógica de la economía capitalista no permitían hacerse demasiadas ilusiones sobre su permanencia. Tanto en los comunistas como en las corrientes socialistas de izquierda arraigó una visión estrictamente instrumental de la democracia.³

Los partidos comunistas occidentales por lo tanto estaban poco predispuestos a hacer un análisis crítico de una URSS que les apoyaba y que representaba la esperanza posible para unas clases trabajadoras que lógicamente estaban más interesadas en el pan, el trabajo o la educación que por la “democracia formal” (“ne pas désespérer Billancourt”⁴ argumentó más tarde Sartre frente a los intelectuales que denunciaban la represión en la URSS). Más aún: en la cultura política comunista arraigó la identificación del Estado represivo soviético como vía política necesaria para desarrollar un proceso revolucionario. En los países europeos occidentales la resistencia contra el fascismo primero y las posibilidades de conseguir avances sociales y políticos en los países occidentales a partir de 1945 dejó en la sombra esta visión negativa o solo utilitaria de la democracia, pero no implicó renunciar explícitamente al concepto de “dictadura del proletariado”. El discurso oficial, vencido el nazi-fascismo, proclamó la adhesión a la democracia, y la práctica de los PPCC. en los años posteriores a 1945 lo confirmó, pero la ambigüedad ideológica se mantuvo. En España, la larga lucha contra la dictadura, en la cual los comunistas tuvieron un indiscutible protagonismo (“el partido del antifranquismo”), condujo al PCE-PSUC a valorizar la democracia, a veces incluso a mitificarla, pero sin que una gran parte de los dirigentes y militantes abandonaran la matriz cultural originaria. La ambigüedad estaba servida.

En los países occidentales la derecha liberal y capitalista, por su parte, daba pruebas también de su propia ambigüedad. Los usos más prácticos que teóricos de la democracia no permitían confiar demasiado en ella. La persecución de los comunistas con la excusa de la “guerra fría”, la represión brutal de las luchas obreras en los años 50 y las guerras coloniales relativizaron la confianza de la militancia de izquierda en las posibilidades de la democracia formal para promover cambios en sentido socialista. Las ilusiones generadas al final

de la guerra mundial se disiparon en parte en las dos décadas posteriores.⁵

La idea de revolución en sentido clásico estaba arraigada en los PPCC y también en una parte significativa del movimiento obrero y de los sectores intelectuales. Una idea vinculada a la infravaloración de las posibilidades de la democracia “formal”, cuyos déficits se asumían como inherentes a la misma. Lo cual hizo de los comunistas los mejores “tribunos de la plebe”. Tan es así que los politólogos los definieron como partidos que cumplían en el sistema “la función tribunicia”, como los tribunos romanos que denunciaban los males de la república y de facto la legitimaban. Pero el mantenimiento de una ideología doctrinaria cohesionadora de la militancia dificultaba mucho entender los cambios sociales, económicos y culturales que se produjeron en Europa en las tres décadas “gloriosas” (1945-

75): resistencia a aceptar el fuerte desarrollo económico, mantener la idea de pauperización obrera para relativizar la mejora de las condiciones de vida de los trabajadores, dificultad para reconocer la especificidad generada por una heterogeneidad social nueva representada por amplios sectores profesionales y culturales (en gran parte asalariados) y reticencia o negativa a asumir la demanda creciente de mayor autonomía de los individuos. El silencio mantenido durante años sobre el estalinismo, que solo empezó a romperse en los años sesenta (memorial de Yalta de Togliatti en 1964 y crítica de la invasión de Checoslovaquia en 1968), fue una de las caras de la moneda. La otra cara fue no querer ver los cambios que demandaban un cuestionamiento de unas bases teóricas que se habían pervertido en forma de catecismo.

El libro de Magri citado al inicio, tiene la virtud de no centrarse exclusivamente en el pasado y en la dificultad de romper con la ganga dogmática generada por el stalinismo. Pretende, como el autor ahora, descubrir en los silencios y los olvidos, las omisiones y las ambigüedades, tanto en sus orígenes como en sus prácticas posteriores, analizar las razones o las causas de sus contradicciones que a la larga han llevado a su autodestrucción. El pasado nos interesa para entender el presente, el cual a su vez nos facilita comprender aquél. Un pasado que se ha querido negar con el silencio, que ha producido vértigo cuando se ha contemplado, y que ha provocado huidas hacia ninguna parte. Como es el caso del PSUC, cuyos herederos, con toda su buena voluntad, olvidaron de donde

Me intrigó el hecho de que prácticamente nadie en el Comité Central diera trascendencia al hecho de aceptar como un principio democrático la alternancia en el poder.

La forma precipitada, autoritaria y radical con la que se impusieron estos cambios generó anticuerpos.

venían y aún no han descubierto a dónde iban. El pasado del comunismo nos interpela, nació y se desarrolló en unos tiempos trágicos, pero en el que “aún había futuro”.⁶ Merece mucha atención.

El problema que deben afrontar los comunistas no es el de cargar con la pesada carga de su pasado, como diría Renan “hecho de glorias y remordimientos”. Es el haber perdido por el camino un proyecto de futuro. No pueden ni quieren ser lo que fueron y no saben lo que son y aún menos lo que quieren ser. No saben a dónde ir porque en lugar de apoyarse en sus raíces las han arrancado. Deberíamos haber hecho un análisis crítico, duro y radical del pasado para definir nuevos horizontes. La izquierda sólo puede existir en el presente si tiene un proyecto de futuro. Pero este proyecto no se deduce únicamente de la intervención en las contradicciones del presente, requiere también un instrumental teórico, o mejor dicho, una cultura política propia, integradora y movilizadora. Y unas raíces con las que confrontarse.

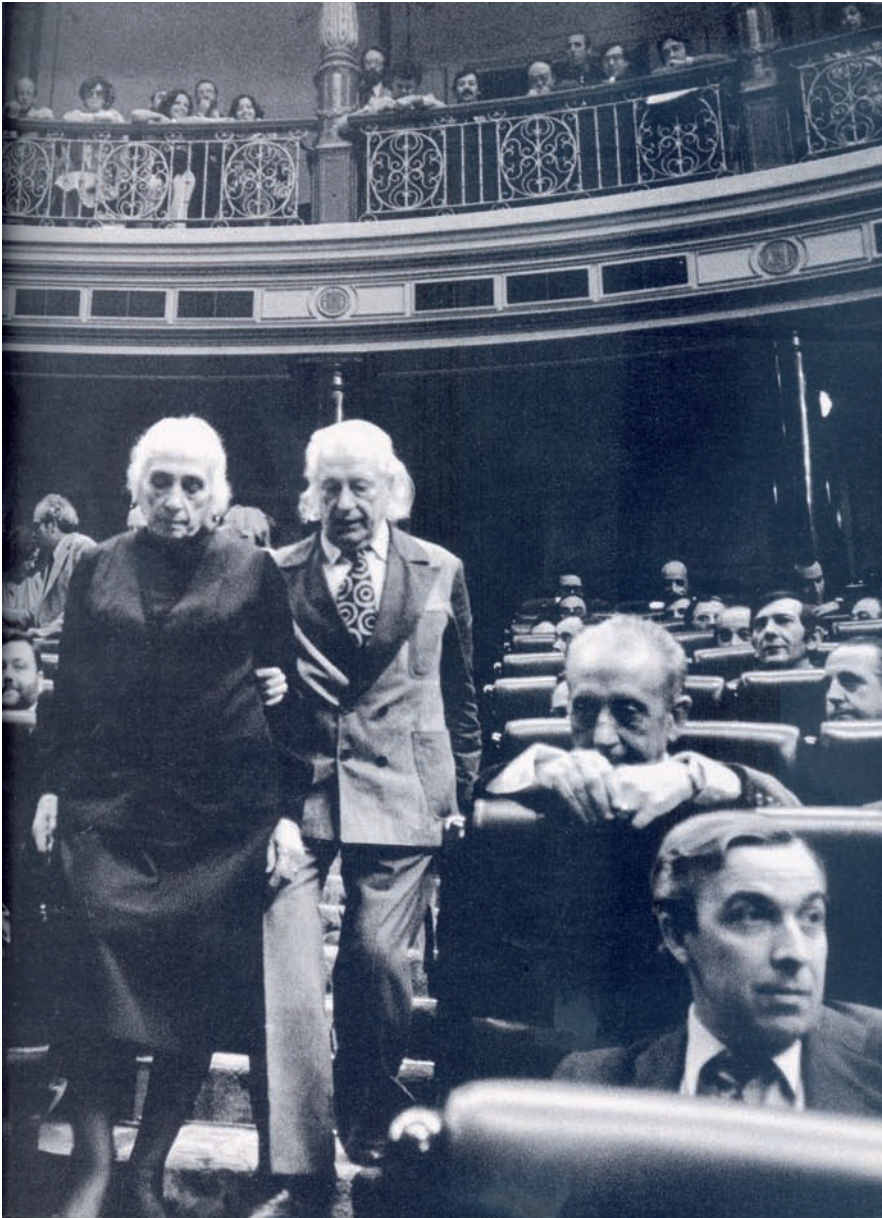
En este texto nos referiremos principalmente a las limitaciones de la cultura política comunista sobre la democracia a partir de la experiencia del PCE-PSUC, tal como se manifestó durante el antifranquismo y en especial en la transición. En este caso la herencia de la cultura estalinista se expresó de forma particular en una tradición cultural ambivalente respecto de la democracia. No se puede cuestionar la lucha heroica de los comunistas a favor de la democracia “formal” y de las libertades políticas tanto en Catalunya y en España, como ocurrió en general con los PP.CC. de Europa occidental. Pero en su cultura en esta democracia se pensaba más como un medio que como un fin. Una paradoja: en la práctica política se defendía la democracia como un fin, pero en la ideología de gran parte de los dirigentes y militantes se mantenía como un medio (hacia el socialismo). Y como el medio no conducía a ninguna otra parte, fuera por falta de estrategia política o de condiciones históricas, se acabó devaluando al medio, lo cual llevó a unos a vivir la democracia alcanzada como una derrota, con resignación a otros y con la adaptación a aquellos que mitificaron las constituciones y las instituciones. Los menos ideológicamente resignados lo vivieron como un intermedio infinito, un mientrastanto interminable. En resumen, una aceptación de facto del fin de la historia por un tiempo, un presente sin historia.

El doble discurso sobre la democracia

Invierno de 1962. Unos meses antes había iniciado mi vida de exiliado en París. Un privilegio, había obtenido beca, habitación en la Ciudad Universitaria y convalidaciones suficientes en la Sorbonne (Universidad de París) para iniciar los estu-

dios de especialidad en Sociología y Geografía. Mantenía la militancia en el PSUC, aunque no me había integrado en el “aparato”. Era lo que se llamaba un cuadro relativamente disponible al que se le encargaban esporádicamente misiones diversas. Como dictar una conferencia para un conjunto de activistas de las Juventudes Comunistas (PCE-PSUC confundidos) sobre Democracia y Socialismo. Recientemente encontré el texto que me sirvió de base, un guión bastante desarrollado de una docena de páginas. El público relativamente joven, la mayoría entre 36 y 30 años, en gran parte había nacido y vivido en Francia, aunque viajaban a España, pertenecían a familias exiliadas, muchas de ellas vinculadas al universo comunista español y francés, la mayoría empleados, algunos obreros cualificados y estudiantes. Otros eran emigrantes recientes, trabajadores o técnicos, algunos seguían estudios. Se suponía que todos tenían cierta formación política, muchos habían seguido cursos breves de “formación ideológica”, basada casi siempre en la lectura de documentos de partido, la lectura de *L'Humanité* y manuales de marxismo-leninismo de origen soviético o del PC francés (lo cual venía a ser más o menos igual). Nuestras lecturas no habían sido las mismas, yo leía *Le Monde* cada día, y *Rinascita* cada semana, la espléndida revista del PCI que dirigía personalmente Togliatti, conocía algunos textos de Gramsci y por medio de André Gorz en *Les Temps Modernes* había podido leer documentos de la izquierda italiana (Trentin, Lelio Basso, Foa, Ingrao, Amendola, etc.) y conocí poco después al grupo de los *Quaderni Rossi*. Los asistentes a la conferencia, unas decenas de “cuadros” de las Juventudes, todos mayores que el conferenciante, que había cumplido 20 años pocos meses antes y además eso se notaba en su cara. Una situación un poco complicada, aunque tenía a mi favor “el prestigio de proceder del interior”, es decir, de España, y la tendencia a considerar que si alguien venía enviado por la “dirección” lo que dijera a priori iba a misa, siempre que fuera una música conocida.

Procuré exponer de la forma más clara que supe la relación entre democracia y socialismo, entendiendo éste como un proceso gradual y contradictorio más que como una sociedad alternativa “ideal”. Es decir, creo que presenté el socialismo como una ampliación de la democracia, un estado al cual se llegaría mediante “reformas de estructuras”, formas de gestión de la economía pública y social que reducirían la fuerza del sector privado, descentralización del Estado, etc. Y probablemente cometí un error fatal si pretendía convencer a mis oyentes: expuse que la aceptación de la democracia pluralista, del Estado de Derecho y de una economía mixta impone limitaciones al poder político: elecciones periódicas y alternancia en el poder, gradualismo de los cambios y no siempre se pue-



Pasionaria y Alberti, miembros de la Mesa de Edad del Parlamento

den hacer a la vez todos los deseables, necesidad de alianzas o acuerdo con sectores con intereses y valores diversos, influencia de grupos económicos transnacionales, resistencias de diversos aparatos del Estado y culturales, etc. Los asistentes me escucharon, preguntaron y expresaron dudas de forma educada pero que demostraba que mi exposición les había sorprendido, pero no convencido. Había comprobado en Barcelona que un discurso parecido, dirigido a militantes universitarios o a núcleos de jóvenes trabajadores, era entendible y

bastante aceptado. En Francia en cambio para los militantes formados en la proximidad del aparato y del universo cultural comunista resultaba poco aceptable.

Unos años después estalló la “revolución de 1968”, en París y en diversas ciudades europeas. Fue una revolución “cultural”, antiautoritaria, que se proponía superar las enormes insuficiencias de una democracia limitada, que no incluía ni a jóvenes ni a mujeres, que no había penetrado ni en el interior de gran parte de las instituciones civiles en las empresas, ni en los aparatos del Estado, ni en la cultura y los medios de comunicación. Una revolución que abarcaba derechos individuales y colectivos, de las minorías culturales o sexuales y de los territorios. Sin embargo el discurso dominante por parte de las organizaciones políticas sonaba a antiguo y falso, mimetizaba retóricamente el lenguaje revolucionario de 1917, o 1848 o 1789. Lo más curioso es que el lenguaje de las organizaciones de extrema izquierda que pretendían liderar el movimiento y el del PCF, que lo consideraba una aventura gratuita y quiso llevarlo a la negociación sindical, era muy similar. Unos y otros compartían la misma base teórica esclerotizada que les impedía ver la realidad del movimiento en vez de dotarles de conceptos para entenderlo. Solamente concebían una revolución que liquidara el poder del capi-

tal y tuviera como protagonista y dirigente principal la clase obrera. La diferencia era que unos consideraban que había llegado el momento de conquistar el poder por parte de los trabajadores y los otros no lo veían posible y lo denunciaban como una provocación que sólo podía terminar en fracaso. Ni unos ni otros supieron apreciar que delante de sus ojos se producía una revolución democratizadora real, “cultural” en el sentido más amplio, que también logró importantes avances sociales. Las organizaciones radicales lo vivieron como una

derrota y confirmaron una vez más que el “conservadurismo burocrático del PCF” impedía la revolución. Y el PCF confirmó que no era posible entonces la revolución “socialista” y se felicitó de haber aprovechado la ocasión, conjuntamente con los sindicatos, para negociar beneficios sociales para los trabajadores, a pesar del ruido molesto generado por estudiantes e intelectuales.⁷

El PCE y el PSUC, inmersos en la lucha contra la dictadura y en la necesidad de promover cualquier tipo de acción que conllevara en sus contenidos o en su dinámica partículas democráticas, vieron en general con simpatía el movimiento del 68, aunque parte del “aparato” residente en Francia tendía claramente a compartir los análisis del PCF. En los sectores intelectuales se hizo una lectura más interesante, que partía de establecer una relación entre el carácter emancipador de la revolución cultural y la emergencia de un nuevo actor social, heterogéneo (intelectuales, profesionales, universitarios, técnicos) que apareció relativamente unificado en el 68 y que se denominó “fuerzas de la cultura”, aliadas potenciales de las “fuerzas del trabajo.”⁸ Pero en el nivel político-colectivo no se sacaron las debidas conclusiones de esta alianza y su relación con la democracia. La experiencia del 68 se utilizó para confirmar las dos ideas principales que hacían de la democracia a la vez un objetivo táctico y estratégico. Primero: las demandas y reivindicaciones democráticas eran asumibles por una gran mayoría de la sociedad y eran el eje movilizador para acabar con la dictadura, objetivo principal inmediato. Segundo: la alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura configuraba un bloque político-social (tipo los “productivos” de la parábola de Saint Simon⁹) que justificaba la idea de avance pacífico hacia el socialismo, puesto que juntos representaban la mayoría.

En el fondo predominaba la idea instrumental de la “democracia” y los equipos dirigentes evitaban especular sobre el carácter de esta alianza y sus posibles contradicciones. Por ejemplo, para las clases trabajadoras los objetivos socio-económicos eran prioritarios, mientras que para los sectores profesionales y culturales los derechos individuales o la organización política del Estado eran cuestiones fundamentales. Además se creaba una ilusión peligrosa en la militancia: no habría “una muralla de China” (así se escribía en los documentos) entre la consecución de la democracia liberal o formal y la “nueva democracia” que se desarrollaría a continuación y que

prefiguraría el socialismo. No se analizaba y por lo tanto no se hacía referencia a las importantes limitaciones y resistencias que las democracias formales (el marco político-jurídico) y los poderes fácticos imponen a los intentos de promover cambios estructurales. Y más aún en un país como el nuestro, integrado y dependiente política y económicamente del mundo capitalista occidental. El libro *El eurocomunismo y el Estado* de Santiago Carrillo, escrito en la década de los 70, pasa por encima de estas cuestiones. Y la literatura sobre el eurocomunismo que se publicó a finales de esta década y principios de los 80, en buena parte de procedencia italiana, era teórica y desligada de la situación concreta de acá. Su influencia en la militancia fue ínfima.

Este uso instrumental de la democracia permitió ciertamente liderar la lucha antifranquista y movilizar a un gran número de militantes y simpatizantes, pero generó unas expectativas en éstos muy superiores a lo que razonablemente se podía conseguir. El proceso político de cambio que se desarrolló a lo largo de los años 70 fue una gran conquista popular. A pesar de los proyectos continuistas, de la crisis económica de la industria, de la hipoteca militar y del miedo que generaba nuestra fuerza, en parte real y en parte mitificada por la dictadura y por el resto de la oposición, a pesar de todo se conquistaron las libertades, se elaboró una Constitución que

nos equiparaba con el resto de países europeos, se establecieron las autonomías y se obtuvo el reconocimiento pleno de los partidos de izquierda sin exclusiones y los sindicatos. Lo que fue un enorme progreso para el conjunto del país incluídos los sectores trabajadores se vivió por una parte importante de los cuadros y los militantes como una derrota, o por lo menos un relativo fracaso. Evidentemente no era la “victoria final” si es que ésta existe, tampoco se hacía visible un camino pacífico que nos llevaría a una sociedad distinta, anunciadora del socialismo. Muchos comunistas seguramente no se sentían vencidos, pero sí frustrados, decepcionados, y quizás engañados.¹⁰

La infravaloración e instrumentalización de la democracia “formal”, o más exactamente la debidad cultural de los análisis sobre sus limitaciones y sus potencialidades estaba vinculada a una concepción economicista y reduccionista de la sociedad (escasa atención a la heterogeneidad social y a los factores culturales) y también a una concepción simplificada del Estado y de la conquista del poder como si fuera un apa-

El “eurocomunismo” se entendió como una renuncia por tiempo indefinido a la revolución como proyecto práctico, realizable en un plazo relativamente visualizable.

Para los eurocomunistas el eurocomunismo expresaba el compromiso con la democracia y no una táctica concreta o el abandono del ideal socialista.

rato visible que se conquista de una vez por todas. Para terminar este capítulo me permito contar un hecho anecdótico que me hizo reflexionar sobre esta visión restringida de la democracia.

Debate en el Comité Central del PCE sobre la toma del poder por parte del Ejército, dirigido por el PC, en Polonia (1981). Hay casi unanimidad en la denuncia de este hecho, por lo menos nadie se presta a defenderlo. Se elabora una declaración muy dura en la crítica y se exponen unas posiciones ya conocidas sobre el socialismo en democracia, las libertades políticas y el pluralismo. Noto que no se cita la alternancia en el poder como uno de los elementos claves de la democracia y propongo una enmienda en este sentido. Santiago Carrillo se opone considerando que no es necesario. Se vota y la enmienda es aprobada. No me sorprendió la oposición de Carrillo, puede ser que le pareciera que no aportaba nada especial y que no quería que diera pie a otras enmiendas. O puede ser que intuyera que quizás aportaba demasiado y que tuviera in mente que en un futuro un bloque socializador dominante no debería permitir que se formara un bloque opositor que quisiera “restablecer el capitalismo puro y duro”. Lo que me resultó sorprendente fue, de entrada, que la mayoría votara contra la opinión del secretario general. Y me intrigó el hecho de que prácticamente nadie en el Comité Central diera trascendencia al hecho de aceptar, como un principio democrático, la alternancia en el poder. Nunca se había explicitado. Suponía aceptar un gradualismo reformista, retrocesos en los cambios iniciados, reconocer la legitimidad de los opositores a un desarrollo democrático más avanzado que el de matriz liberal. Tampoco en los medios se le dio una especial significación. Tan solo recuerdo un artículo periodístico de un destacado dirigente socialista, Ernest Lluch, quien señalaba que esta cuestión era una de las claves de la separación entre socialdemocracia y comunismo. ¿Significaba acaso, escribió Lluch, que los comunistas renunciaban a la “toma del poder”, es decir a la concepción clásica de revolución?

El eurocomunismo o la vía democrática hacia tierras ignotas... ¿O quizás no hay tierra prometida pero sí promesas posibles?

La base teórico-política del eurocomunismo era simple:



Eran otros tiempos...

aceptar la democracia política de matriz liberal para conquistar grandes mayorías que permitieran desarrollar procesos de transformación social más o menos irreversibles. Apareció entonces un texto poco conocido de Engels, “La revolución de la mayoría”, que facilitaba la conexión doctrinal con los clásicos. La revista *Taula de Canvi* publicó un dossier sobre democracia y socialismo en los inicios de la Transición.¹¹ En él se incluyeron sendos artículos de dos de los máximos exponentes de la socialdemocracia y del eurocomunismo: Josep

Pallach y Gregorio López Raimundo. Sorprende lo mucho en lo que coincidían, tanto en sus reflexiones como en sus omisiones. Casi podría decirse que sólo les diferenciaba, o les unía, la mutua desconfianza. Cada uno pretendía hegemonizar el proceso de la democracia capitalista al socialismo, pero Pallach dudaba de la adhesión plena de los comunistas a la democracia y López Raimundo de la voluntad política de los socialistas para enfrentarse con los poderes fácticos que se opondrían al proceso. Pero ninguno de ellos analizaba las limitaciones que

imponía el “Estado de derecho” y cómo superarlas, la inserción en la Unión Europea, la fuerza global de la economía de mercado y del capitalismo financiero especulativo, la influencia política y mediática del poder económico, los valores dominantes en la sociedad (individualismo, consumismo), la heterogeneidad de las clases sociales susceptibles de apoyar el proceso, etc. Ambos admitían en términos genéricos la existencia de condicionantes y resistencias y insinuaban que en algún momento debería haber una ruptura entre la democracia política liberal y la democracia socialista, aunque prudentemente no se decía más. Los otros dos autores presentes en el dossier, Molas y Borja, sin la responsabilidad del liderazgo y menos marcados por la cultura política tradicional de los partidos de izquierda, intentan vincular en sus artículos la democracia actual con el desarrollo de un socialismo moderno. Molas califica el socialismo como una “ampliación y profundización de la democracia”. Y Borja, desde su posición eurocomunista, vincula el proceso democratizador a la progresiva hegemonía político-cultural de una sociedad “política”, que no es el magma incoherente de sociedad “civil”, nos referimos a un conjunto a actores sociales diversos que comparten en un momento histórico algunos valores morales y objetivos políticos. Esta sociedad política algo difusa ejerce presión sobre las



Sáenz de Ynestrillas y Téjero, dos conspicuos golpistas

instituciones y es el sustrato de un bloque de partidos y organizaciones sociales. Este bloque impulsará los cambios necesarios en el marco institucional del Estado de derecho, lo que permitirá el desarrollo de políticas públicas transformadoras. Se trata de una visión que no excluía rupturas futuras, pero que pretendía ser realista en el presente y anunciaba una larga marcha hacia un futuro, confesémoslo, bastante incierto.

Una visión difícil de aceptar para militantes formados en una cultura de revolución clásica y necesaria. En la visión eurocomunista la idea de revolución de hecho se diluía como perspectiva concreta, entendida como toma del poder, ocupación del Estado y transformación acelerada de la base socioeconómica. En política las creencias son más fuertes que las realidades, o como escribía Ernest Bloch, se tiende a pensar que “lo real no puede ser lo verdadero” (*Traces*). A veces las creencias cambian la realidad, pero con frecuencia ésta castiga las creencias que no tienen suficiente fuerza para cambiarla. Pero no hay fuerza política transformadora sin una base emocional o una dimensión épica que a partir de un análisis racional de la relación de fuerzas añada un plus al movimiento por el cambio.

El realismo eurocomunista probablemente correspondía a las posibilidades reales no solo del momento, de la coyuntura,

era también una opción estructural que tenía en cuenta la inserción económica y política de facto en Europa occidental (téngase en cuenta que en España el “europeísmo” era asumido por prácticamente toda la izquierda) y el apego a la democracia de la gran mayoría de la sociedad. Proponer un proceso de desarrollo democrático gradual a partir de la conquista de las libertades no era renunciar a un horizonte socialista pero tampoco correspondía a las expectativas de gran parte de los militantes y simpatizantes. En el período de la Transición se fundieron tres procesos contradictorios distintos. El pragmatismo a la hora de pactar la consecución de las **libertades políticas**, que supuso diversas **concesiones ideológicas** (república, bandera, dar imagen de partido de “orden”, no reclamar sanciones para los franquistas, etc). La militancia podía asumir este pragmatismo puesto que en gran parte había tenido una práctica social (en el sindicalismo, en los barrios, etc) que conllevaba negociación. Pero la forma precipitada, autoritaria y radical con la que se impusieron estos cambios generó anticuerpos. Además a este proceso se añadió la conciencia (no valoramos si esta conciencia era más o menos adecuada al momento) de una parte importante de los dirigentes y cuadros del **agotamiento tanto del modelo soviético como de la revolución entendida como toma violenta del poder. La opción “eurocomunista”** que pretendía sintetizar la “via democrática al socialismo” supuso no sólo un rechazo radical del estalinismo y del socialismo aún vigente en el este de Europa, también del “leninismo” y de la concepción de partido con voluntad dirigente. El tercer proceso fue la necesidad de **conciliar la transición democrática con la crisis económica derivada del hundimiento de una parte importante de la base industrial del país y sus consecuencias sociales**: desocupación, reducción de hecho de los salarios, precarización, debilidad o inexistencia de las instituciones del welfare state y de políticas sociales efectivas, etc. Creo sinceramente que no había condiciones para convertir este enorme malestar en revolución o en grandes luchas sociales. Las direcciones tanto comunistas como sindicales así lo entendieron, no pretendieron “reprimir” los conflictos en la base en nombre de los “pactos de la Moncloa”, incluso intentaron promoverlos, pero no parecía que hubiera mucha disponibilidad para ello. Como me dijo un sindicalista entonces: “cuando llamamos a la movilización con la consigna un puesto en la lucha, muchos trabajadores nos dicen que lo que necesitan es un puesto de trabajo”.

Pero el resultado de estos procesos mezclados generó un importante malestar en el interior del partido que los órganos dirigentes no supieron apreciar correctamente y por lo tanto no pudieron gestionar. Sin menospreciar los comportamien-

tos personales de unos y otros y las confrontaciones de grupos o etiquetas creo que la clave de la impotencia de la dirección comunista fue la falta de una nueva cultura política compartida que asumiera las limitaciones de la tradición comunista y las superara por la vía democrática sin “tirar el niño con el agua usada del baño”. El malestar de las bases, en parte de ellas para ser exactos, se concentró en una dimensión idológico-emocional en contra del “eurocomunismo”. Esta opción se entendió como una renuncia por tiempo indefinido a la revolución como proyecto práctico, realizable en un plazo relativamente visualizable. Es decir, un ideal que se podía vivir personalmente, pues era alcanzable. Esta renuncia debilitaba la esperanza de los militantes y simpatizantes en un mundo diferente y posible. Para muchos cuestionaba tanto el sentido y el sacrificio de su lucha durante la dictadura como las bases de su formación ideológica y la dimensión emocional de su militancia.

En la reacción contra el eurocomunismo intervinieron otras causas más inmediatas y concretas. La práctica del PSUC había estado, desde inicios de los años 50, impregnada de realismo, de contacto con los sectores populares que de entrada tenían más temor a la represión que convicciones ideológicas, que no soñaban con la revolución pero sí aspiraban a mayor bienestar y dignidad. Los militantes se habían formado en esta práctica que movilizaba a sectores crecientes de la población en fábricas, barrios, centros de estudios o ambientes culturales, a partir de estas motivaciones. Incluían seguramente una dimensión emocional ideal, trascendente a la cotidianidad, pero poco estructurada como ideología. Esta práctica se alimentaba en su crecimiento de avances sociales, de conquistas de “espacios de libertad”, de toma de conciencia de una fuerza que acercaba las libertades. La democracia política se percibía por parte de los militantes como una conquista de derechos y mejoras en su vida diaria y como una reivindicación histórica (“mañana España será republicana”). Las condiciones en que se produjo la Transición relativizó, por no decir frustró, estas expectativas.

La Transición no respondía a la versión idealizada que predominaba tanto en el PCE como en el PSUC. Como se ha dicho, no se evaluaban las limitaciones de una democracia inserta en el marco político y económico occidental ni tampoco la inevitable necesidad de negociar con los sectores políticos y sociales procedentes del franquismo y otros tan conservadores como éstos. Incluso la fuerza hegemónica adquirida por el PCE-PSUC en el antifranquismo (no en el conjunto de la sociedad y menos en el escenario político) se convertía en una limitación relativa pero importante: desde los reformistas del régimen anterior hasta los socialistas, todos temían la

fuerza, real en parte y supuesta en el resto, de los comunistas. Los socialistas optaron desde el inicio de la Transición por propiciar un sistema de partidos dual, uno a la derecha (mejor con Fraga que con Suárez) y otro a la izquierda (el PSOE como centro izquierda y a su izquierda un PC lo más débil posible). Durante la Transición mezclaron una retórica izquierdista, una agresividad desproporcionada contra el centrismo gobernante y un anticomunismo larvado pero persistente. La anunciada hegemonía del PSOE en la izquierda y en el país fue un elemento de desmoralización de la militancia comunista que agudizó la crisis interna. La táctica de los socialistas resultó exitosa, pues la Transición terminó con el hundimiento del centrismo, el fracaso del golpe de Estado de 1981 y la victoria arrasadora del PSOE en 1982¹².

Por su parte, los comunistas a lo largo de la Transición optaron, por su apreciación de las relaciones de fuerza, por dar múltiples pruebas de moderación, no sólo en el ya citado plano simbólico o ideológico (bandera, República, leninismo, etc), también en el político como: defensa total de los pactos de la Moncloa, control de la reacción social después del asesinato de los abogados de CC.OO. de Atocha, renuncia a exigir responsabilidades a los franquistas que habían cometido asesinatos y torturas y sus cómplices políticos y de la judicatura o la no ocupación de los ayuntamientos franquistas que pervivieron hasta 1979¹³.

El estilo de dirección del núcleo histórico del PCE, como ya se apuntó, no facilitó la cohesión interna. Los cambios de orientación a golpes bruscos de timón en cuestiones concretas (en unas horas se pasó de proclamar la "ruptura" a olvidar la palabra para asumir acríticamente la Monarquía) se pudieron haber planteado de una forma gradual y argumentada, con iniciativas críticas o exigencias compensatorias y hubieran podido ser entendidos por una militancia que tenía criterios políticos realistas. Por otra parte exponer la estrategia eurocomunista de tal forma que se daba a entender que se renunciaba a un horizonte socialista se hubiera podido evitar. Era suficiente dar una explicación más detallada de las transformaciones que en un marco de un desarrollo democrático podrían realizarse y que significaran introducir elementos de socialismo. Pero como se dice en Italia, faltó *finezza*¹⁴.

Una crisis política interna que se convirtió en un harakiri no deseado por nadie. El fracaso de los núcleos dirigentes.

¿La ruptura era evitable?

La crítica y la decepción de muchos militantes, e incluso de dirigentes del PSUC, a la Transición y a la política de los comunistas, que se vinculó directamente a las concepciones eurocomunistas, estimuló el fondo ideológico de desconfianza en la democracia "formal" y permitió que incluso una parte de la militancia recuperara o explicitara el apoyo o la comprensión de las experiencias de "socialismo real" (URSS y países del bloque soviético europeo, Cuba). Por parte de los "eurocomunistas" se cayó muchas veces en el extremo contrario: mitificación de la Constitución, el Estado de derecho y la democracia representativa y en consecuencia entender la política casi exclusivamente en el nivel institucional y electoral. Los caminos divergentes solamente sirvieron para que cada uno confirmara su opción mediante el fracaso del otro. El eurocomunismo, una vez pasado el periodo inicial constituyente, al concentrarse en las instituciones pierde su potencial transformador y acabó dispersándose entre socialdemocracia, ecologismo, retorno a la sociedad civil, etc. Y la negación de éste por parte de comunistas "ortodoxos" al denunciar el eurocomunismo justo cuando se iniciaba la democracia, al margen de sus intenciones, pareció que los identificaba con unos modelos dictatoriales en crisis, lo cual les generó marginación política.

En el fondo del conflicto había sin embargo una base teórico-política: la relación con el modelo soviético y con el modelo de partido "leninista" que formaban parte del genoma comunista.

Aunque no hubiera habido esta fractura que precipitó la crisis y prácticamente el suicidio del PSUC, difícilmente este partido hubiera podido continuar siendo lo que fue.

La identificación del eurocomunismo con la realidad ambigua de la Transición supuso pagar un alto coste. Contra lo que se esperaba, sí que existían «grandes murallas» en la democracia conseguida que superaban la capacidad de los comunistas de conseguir mínimos avances en dirección al socialismo. Algo peor aún: veían como un partido recién llegado y sin proyecto de transformación social, el PSOE, les superaba en el ámbito teórico de la izquierda y en un nuevo espacio político, el de las elecciones y la presencia institucional. La realidad no correspondía a las ilusiones y a las esperanzas generadas durante el antifranquismo. El eurocomunismo, por su incipiente y por lo tanto débil desarrollo teórico y arraigo en la cultura política militante y por ser la ideología oficial del grupo dirigente que había orientado la política a lo largo de la década de los 70, pagó el coste de la frustración. Lo que había sido el cambio democrático, a pesar de todo una conquista popular y un mérito específico indiscutible del PCE-PSUC, se había convertido para muchos militantes en un fracaso histórico. Lo cual provocó un retroceso político y cultural de unos y otros. El PC clásico convertido

Mis manos: mi capital



en minoritario en la izquierda de la izquierda y después de 1989 no podía revivir. El eurocomunismo, fragmentado y abandonado por una parte importante de la base comunista se acabó disolviendo. Probablemente los factores estructurales eran invencibles, puesto que con dinámicas diversas los PC occidentales han sufrido procesos similares. Pero volvamos al proceso que culminó esta autodestrucción.

La crítica intelectual y orgánica no se hizo esperar.¹⁵ Estalló en el Quinto Congreso del PSUC (1980-81). El eurocomunismo fue rechazado como causa o como símbolo de un “fracaso” de los que vivieron el cambio político como la frustración de sus expectativas y de los que quisieron acompañarles para que este sector de la militancia fuera escuchada. Los adversarios de definir al partido como eurocomunista identificaban este concepto con la renuncia a una práctica de lucha y a la perspectiva socialista, pues así se consideraba la política de la “transición”. Había algo o bastante de injusticia en la denigra-

ción de los eurocomunistas y algo también muy saludable en la actitud crítica y en prevenirse de caer en el “cretinismo” institucional. Para los eurocomunistas (y probablemente para la opinión pública informada) el eurocomunismo expresaba el compromiso con la democracia y no una táctica concreta o el abandono del ideal socialista. Es decir, era un concepto definitorio, irrenunciable. Pero no entendieron la parte positiva que aportaban los críticos y se equivocaron al considerarse los únicos depositarios de la vía democrática. Entre ambos aparecieron sectores intermedios (los más conocidos fueron los denominados “leninistas” por haber rechazado el ukase del PCE de suprimir la referencia al leninismo) que procuraron mediar, pero faltos de un proyecto político propio que sintetizara lo positivo de ambas posiciones (lo cual en aquellos momentos de alta tensión no era fácil) solamente pudieron alternar acuerdos con los críticos primero y con los euros después sin conseguir realizar una política de integración¹⁶.

Existían diferencias políticas y distancias socio-culturales en un partido que integraba sectores combativos de los trabajadores y diversos sectores profesionales y culturales¹⁷. Convivían generaciones y colectivos con experiencias muy distintas: origen territorial en Catalunya o en el resto de España, de formación política en el exilio o emigración o en el interior, cuadros que habían vivido en distintos países del este o del oeste, otros en la clandestinidad y otros ejerciendo actividades públicas. Aunque la lucha antifranquista unificaba, la cultura específicamente comunista estaba en cuestión y a veces separaba más que unía; unos miraban al PCI y otros al PCUS o al PCF. Unos miraban al este, otros al oeste y otros al tercer mundo. Para unos el catalanismo era una cuestión fundamental y otros lo aceptaban pero no correspondía ni a sus prioridades ni a sus vivencias. Para las bases obreras la prioridad eran las condiciones sociales de vida, el empleo, la educación, la vivienda, la salud, etc. Es lo que valoraban en la imagen que tenían de los “países socialistas”. Para los sectores profesionales y culturales las libertades públicas y los derechos individuales, el libre acceso a toda la producción cultural y a la información, el derecho a viajar, etc. eran cuestiones fundamentales que les hacían rechazar el “socialismo soviético”. Existían pues contradicciones internas que se derivaban en parte de posiciones de clase, aunque muchos militantes sindicalistas eran muy críti-

cos con los países del Este y no era extraño que algunos de los más decididos defensores de estos países procedieran de medios profesionales. Creo que la mayoría de los militantes que aparecían como “prosoviéticos” si hubieran pasado un mes compartiendo la cotidianidad con sus habitantes en los “países socialistas” hubieran reaccionado muy críticamente.

En el PSUC, si se hubiera instalado un diálogo razonable entre unos y otros se hubiera podido establecer una base de convivencia. Como decía un político francés, Edgar Faure: “primero establecer todo aquello en lo que estamos de acuerdo, luego veamos los puntos en que hay desacuerdo y en muchos casos comprobaremos que es mucho más lo que nos une que lo que nos separa”. Después del fatídico Quinto Congreso todos se reclamaban del compromiso con la democracia y aceptaban el eurocomunismo entendido como vía pacífica y plural al socialismo. No era pura retórica ni un cambio de posición oportunista. Todos los militantes, incluidos los que habían promovido el rechazo al eurocomunismo, habían luchado por la democracia y de ninguna forma querían renunciar a ella, al contrario, pretendían desarrollarla.

En el fondo del conflicto había sin embargo una base teórico-política: la relación con el modelo soviético y con el modelo de partido “leninista” que formaban parte del genoma comunista (en realidad forjado en el marco de la III Internacional bajo la dirección de Stalin). Para la mayoría de los eurocomunistas eran modelos rechazables, ni eran democráticos, ni respondían a las realidades de nuestros países ni conducían a ninguna forma aceptable de socialismo. Con matices y en términos menos contundentes una parte importante de los “leninistas” compartían este rechazo, pero consideraban que había que tener en cuenta el arraigo del “socialismo real” en la cultura de la militancia.¹⁸ Para otra parte de la militancia y de los cuadros dirigentes el socialismo soviético era imperfecto y no aplicable en España, pero era en parte defendible, pues garantizaba condiciones materiales básicas a toda la población como trabajo, sanidad, educación, etc, se oponía al mundo capitalista y apoyaba los movimientos de liberación. Se admitía la crítica de sus “excesos” pero no su rechazo global. No hay que olvidar que hubo una actividad discreta pero sostenida de representantes de los servicios soviéticos apoyando la ofensiva contra el eurocomunismo. A pesar de todo la fractura era probablemente evitable y dirigentes de ambos lados eran conscientes de ello, pero lo advirtieron cuando ya

era tarde. La confrontación se había instalado en las bases militantes y desbordaba la capacidad conciliadora de los dirigentes¹⁹.

Aunque no hubiera habido esta fractura que precipitó la crisis y prácticamente el suicidio del PSUC, difícilmente este partido hubiera podido continuar siendo lo que fue, el gran partido que lideró la resistencia a la dictadura. Se había forjado y

cohesionado sobre unas bases que habían desaparecido o por lo menos se habían relativizado: la referencia ideológica al “campo socialista”, el interés común de las “fuerzas del trabajo y de la cultura” en combatir la dictadura, la política en el marco de la democracia representativa se trasladaba de la calle a las instituciones y de los militantes a los electores. Ni el PCE-PSUC ni los otros partidos comunistas occidentales evitaron una crisis de identidad. Se pagó el coste de no haber adecuado la cultura política a la nueva situación: sociedad “postindustrial” con una estructura social y cultural más compleja, desaparición del campo socialista con el que además no era posible identificarse, urgencia de proporcionar un nuevo sentido a la militancia tanto en su dimensión épica como en proyecto político.

Las exigencias y las limitaciones de la lucha antifranquista llevaron a un uso instrumental de la “democracia”. El resultado fue que luego no se supo muy bien qué hacer con ella. Unos la mitificaron y otros la devaluaron. Todos fuimos a la vez culpables y víctimas.

Limitaciones del eurocomunismo: la utopía movilizadora perdida. ¿Es posible socializar un proyecto de futuro revolucionario apoyado en un partido militante y conciliarlo con una práctica presente gradual, de avances y retrocesos, promovida desde las instituciones? A la busca de un partido perdido.

Los eurocomunistas no supimos sustituir la revolución “clásica” por una perspectiva revolucionaria, superadora del capitalismo, en el marco democrático. Este déficit no solo frustró a los militantes que percibieron que el horizonte ideal que daba sentido a sus sacrificios tendía a diluirse. También limitó considerablemente la capacidad de orientar la acción cotidiana hacia objetivos transformadores²⁰.

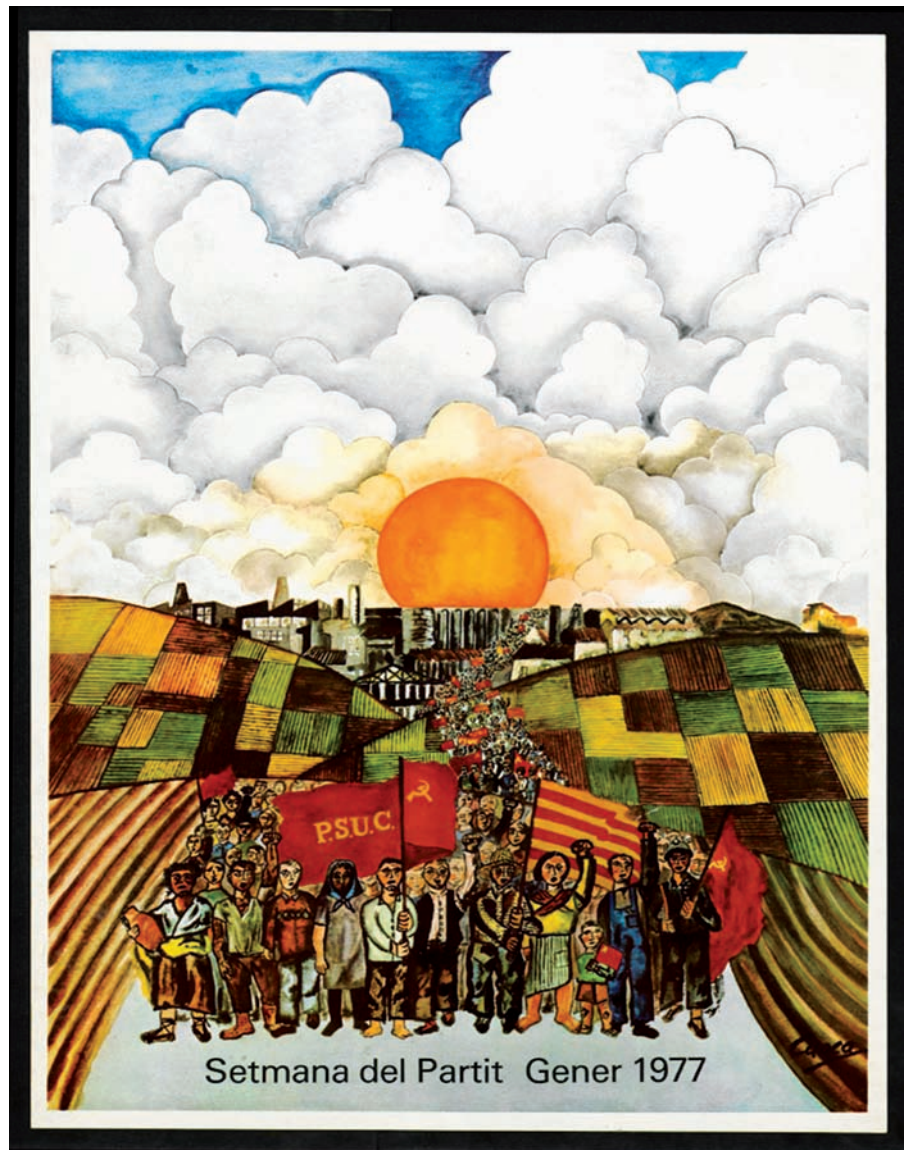
Los socialistas por su parte asumieron el rol de “gestores leales del capitalismo”, para utilizar una frase histórica y sincera del líder socialista francés Leon Blum cuando asumió el gobierno del Frente Popular (1936). En el mejor de los casos

Los socialistas ocupan el poder a condición de conservar un sistema económico insostenible, una estructura social excluyente y una organización política de democracia oligárquica y burocrática.

Este proyecto de socialismo en democracia no se construirá a partir de “una de las organizaciones políticas hoy existentes”.

los gobiernos del PSOE no han ido más allá de modestas acciones redistributivas en periodos de crecimiento y de ampliación de los derechos personales con medidas (positivas) propias del liberalismo democrático. En su conjunto estas políticas no han reducido las desigualdades sociales, han legitimado la codicia del lucro cueste lo que cueste y han sido cómplices de pautas de crecimiento despilfarradoras de recursos y de sustitución de la actividad productiva por las conductas especulativas dominadas por el capitalismo financiero. Un “modelo de desarrollo” que, como el boom inmobiliario de la última década, ha provocado crisis con altos costes sociales ante las cuales los gobiernos han aplicado políticas dictadas por los grandes grupos económicos con la esperanza de volver a la situación anterior... hasta la crisis siguiente.

La debilidad de la izquierda de matriz comunista causada por la crisis del eurocomunismo y las fracturas internas del PCE-PSUC ha facilitado una evolución de la socialdemocracia hacia el socioliberalismo. Con el mismo razonamiento que ha servido para entender el welfare state como una reacción ante la existencia del “socialismo real” y de fuertes partidos comunistas (uno de los factores causales, no el único, obviamente) se puede argumentar ahora a contrario que a comunismo más debil socialismo menos socialista. Ha faltado un contramodelo que por la vía de la crítica intelectual, de la movilización social y de la presencia institucional frenara esta involución. El socialismo español (y europeo) se han convertido en una fuerza política centrista, identificada con el capitalismo, incluso cuando éste se ha transformado en buena parte en capital financiero especulativo. No identificamos este socialismo con la derecha pura y dura que representa el PP, pues aquél por lo menos cree y defiende la democracia repre-



sentativa, es liberal en relación a los derechos personales y conserva una mínima sensibilidad social. Pero es profundamente conservador en la organización de la sociedad, de la economía y del Estado.

¿Y ahora qué hacer? La gran pregunta de la política. ¿Es posible retornar a la identidad del pasado? Es decir, un partido revolucionario que debería utilizar la crisis actual como prueba de la incompatibilidad entre el capitalismo actual y el desarrollo democrático, radicalizar la movilización social hasta conquistar el poder político y recuperar la tradición del marxismo revolucionario que vuelve a estar de moda. Es la pro-

puesta de las organizaciones que se definen como “anticapitalistas” y de los movimientos sociales que luchan “por otro mundo posible”. Creo que hay muchas ideas e iniciativas precedentes de estos ámbitos a tener en cuenta. Pero por experiencia sabemos que estos colectivos pueden promover luchas parciales intermitentes, aportar pensamiento crítico a la izquierda y hacer propuestas y formas de acción radicales muy estimulantes. Pero no tienen ni la fuerza social ni un proyecto político con capacidad de abrir un camino de transformación social con un gran apoyo ciudadano.

Tampoco es realista, aunque a muchos les tienta, dar como un hecho consumado que la izquierda realmente existente es el PSOE con posibilidades de ganar elecciones y asumir el poder político. Y por lo tanto habría que integrarse en éste o convertirse en aliados permanentes, casi incondicionales. La razón de que no es una propuesta realista es que los socialistas “no alcanzan o no tienen” el poder, lo ocupan a condición de conservar un sistema económico insostenible, una estructura social excluyente y una organización política de

democracia oligárquica y burocrática.²¹

No hay otra solución: estamos en busca del **partido perdido**. A veces me preguntan las razones de que abandonara el PSUC gradualmente a lo largo de los años 80 y convertirme como tantos otros en un “cane sciolto”, un perro perdido en terminología política italiana. Las razones fueron varias. Una razón psico-política: formaba parte de una dirección que no sólo no supo gestionar la crisis interna y evitar una ruptura suicida, sino que sin pretenderlo contribuyó a agudizar las contradicciones existentes por falta de comprensión de cuáles eran las causas reales del malestar de la militancia.²²

Otra razón directamente política: ninguno de los fragmentos resultantes de la ruptura, ni el que conservó la sigla PSUC (luego IC) ni los otros podían llenar el vacío dejado por un partido que organizaba a la vez a las clases trabajadoras y a los sectores de la cultura en el sentido más amplio, a las clases “productivas”, un partido que vinculaba democracia y socialismo, catalanismo e internacionalismo. El partido nos dejó, y nosotros fuimos los responsables de ello.

Notas

1. Ver por ejemplo las obras de Badiou, Hardt, Negri, Rancière, Vattimo, Žižek, etc

2. Vittorio Foa, Miriam Mafai i Alfredo Reichlin, *Il silenzio dei comunisti*, Ed. Einaudi, 2002. En el festival de Avignon se presentó unos años después una versión teatral de este libro epistolar.

3. En los años 20 y 30, hasta el “viraje frentepopulista”, se expresaron posiciones muy críticas a la “democracia formal” y de desconfianza sobre los posibles avances sociales. En las conclusiones de la Conferencia de la Internacional Comunista sobre *Los gobiernos locales* se afirmaba: “En el caso de que los comunistas resulten elegidos para formar parte de estos gobiernos evitarán tomar medidas que mejoren considerablemente las condiciones de vida de las masas para no despertar ilusiones reformistas en éstas” (1930). Afortunadamente los alcaldes y regidores nunca se lo tomaron al pie de la letra.

4. Billancourt: se refiere al símbolo de la lucha obrera, la Renault, situada en Boulogne-Billancourt, en la periferia de París.

5. Una prueba de la expectativa inicial se expresó en el famoso artículo de la Constitución italiana (1947) que incitaba a los poderes públicos a “remover los obstáculos” a la transformación social. Lo cual no impidió que de facto se excluyera al PCI, el segundo partido en votos, en participar durante cerca de medio siglo en cualquier gobierno nacional de coalición. Por cierto que el artículo citado fue copiado literalmente en el art. 9 de la Constitución española: “Corresponde a los poderes públicos promover las condiciones para que la libertad y la igualdad del individuo y de los grupos en que se integra sean reales y efectivas; remover los obstáculos que impidan o dificulten su plenitud y facilitar la participación de todos los ciudadanos en la vida polí-

tica, económica, cultural y social”. Como se ha podido comprobar dicho artículo no ha impedido tampoco que un gobierno “socialista” en España actuara ante la crisis económica al dictado de los poderes financieros, máximos responsables de la crisis.

6. Expresión afortunada de William Irish en un clásico de la novela negra. Cornell Woolrich (William Irish), *Cançó d'amor a Manhattan*, Barcelona, Edicions 62, 1988.

7. Sobre el mayo del 68 véase el libro escrito en caliente *La revolució cultural a França*, de Alfons Comín, Joaquim Sempere, Jordi Borja y Raimon Obiols, Nova Terra, 1968. I de JB también el artículo en *El Temps* (mayo 2008) y la entrevista en *L'Avenç* (octubre 2009). 8. Véase el texto de Joaquim Sempere en el libro *La revolució cultural a França*, op. cit y el uso que se hizo a partir de entonces del concepto de “alianza de las fuerzas del trabajo y la cultura” en los documentos y en las revistas oficiales o próximas del PCE y del PSUC (en especial *Argumentos* y *Nous Horitzons*).

9. Saint-Simon, el socialista utópico-tecnocrático distinguía dos bloques antagonísticos a inicios del siglo XIX: los “parásitos” (rentistas, especuladores, cortesianos, religiosos, militares) y los “productivos” (industriales, artesanos, comerciantes, agricultores, obreros).

10. Antes de las primeras elecciones (1977) comenté con algunos cuadros dirigentes del PSUC de Barcelona, de sensibilidades diversas, que si el PCE se acercaba al 10% de los votos sería un éxito y esperaba que el PSUC llegara al 15%. Hubo una reacción unánime en contra, me consideraron un pesimista y me rogaron que no expresara estas opiniones. Los resultados me dieron la razón, un poco mejores los del PSUC y un poco peores los del PCE, y me parecieron buenos. Mis compañeros se decepcionaron, especialmente por el resultado del PCE.

11. *Taula de Canvi* nº 2, 1976. Artículos de G. López Raimundo, J.

El PSUC fue, pero ya no es. Es, sí, memoria histórica, cultura política acumulada. Con errores trágicos (desde la complicidad con crímenes cometidos por el estalinismo hasta la ruptura autodestructiva reciente) pero también con una resistencia ejemplar a la dictadura y una contribución fundamental al progreso social, democrático y catalanista de nuestro país. El PSUC es también un universo humano extraordinario, de desaparecidos y de miles de militantes aún vivos, un patrimonio de heroísmo anónimo que ni ha reclamado ni se le ha otorgado ningún beneficio por ello. Este partido es hoy un intangible sin propietario, sin herederos, aunque muchos posean fragmentos de su memoria. Pero si asumimos que no tiene herederos aunque persista la memoria, es porque nadie puede vincular esta memoria a una práctica movilizadora en el presente y a un proyecto político futuro como tuvo el PSUC. Como dijo Cortázar, “nada está perdido si entendemos que todo se perdió”.

Los gobiernos no pueden ser considerados democráticos simplemente por haber sido elegidos.

Este proyecto de socialismo en democracia no se construirá a partir de “una de las organizaciones políticas hoy existentes”, nos referimos a las que se sitúan a la izquierda del PSOE, sin menospreciar a ninguna de ellas, pues son indispensables para incidir en la política institucional y para contribuir a crear “sociedad política” conjuntamente con otras formas de organización social, cultural o territorial. Es la sociedad política, el ámbito de articulación entre las movilizaciones ciudadanas o sociales y las iniciativas o propuestas intelectuales. Es la fuerza de una sociedad política la que determina la hegemonía de un proyecto político global, una sociedad política orientada por valores y objetivos democratizadores, movilizadora contra la desigualdad y los privilegios, por la propiedad pública de los bienes comunes y los servicios universales, por la igualdad plena político-jurídica de todos los que comparten el mismo territorio, por la regulación pública escrita de los movimientos financieros y la

Pallach, I. Molas y J. Borja bajo el título *Catalunya, Socialisme i Democràcia*. Unos meses antes, en 1975, hubo una polémica (amistosa) pública entre Pasqual Maragall y J. Borja en el marco de una conferencia internacional organizada por las corrientes socialistas de izquierda del socialismo europeo en Lisboa y que posteriormente se reprodujo en *Mundo Diario*. PM defendía un socialismo que no aceptara a la socialdemocracia excepto como “minoría que no pudiera optar a la dirección del partido”. Por su parte JB defendía la necesidad de construir un “bloque político y social progresista” que incluyera a las izquierdas y también a los sectores cristianos sociales y el liberalismo democrático además del catalanismo de izquierda. PM priorizaba entonces construir un partido (PSC) y JB garantizar al suyo que no quedara aislado (PC-PSUC).

12. En el año 1975, cuando iba a iniciarse la transición, estuve en Roma y tuve ocasión de reunirme por separado con diversos dirigentes del PCI, entre ellos Ingrao, Amendola, Cossutta y otros. Amendola me preguntó por el futuro de los socialistas. Expuse que habían estado muy poco presentes en la resistencia antifranquista, que había una diversidad de organizaciones que se reclamaban del socialismo democrático y que el PSOE parecía que se revitalizaba con una nueva dirección joven y del “interior” que sustituyó a finales de 1973 a la del exilio. Amendola comentó: será una injusticia histórica pero cuando haya elecciones el PSOE tendrá muchos más votos que vosotros.

13. Después de las primeras elecciones (1977) en la dirección del PSUC planteé una iniciativa “rupturista”: la posibilidad de ocupar los ayuntamientos franquistas por parte de los movimientos cívicos y los partidos políticos democráticos. En las elecciones celebradas los partidos de izquierda habían sido mayoritarios en casi todas las ciudades grandes y medianas. La mayoría de los miembros de la dirección, de todas las “tendencias”, estuvieron de acuerdo. Pero tanto el secretario

general, Gutiérrez Díaz, como el autor de la propuesta, responsable de Política Municipal, nos opusimos pues consideramos que los efectos de tal acción probablemente provocarían una reacción muy fuerte e incluso nuestros supuestos aliados nos abandonarían pocos días después. Siempre he tenido dudas sobre si acertamos o no, imposible saberlo.

14. En los inicios de la transición, o pre-transición, a mediados de los 70, se tomaron algunas iniciativas que, a mi parecer, probablemente debilitaron la presencia de los comunistas en la “sociedad política”. El debate sobre la construcción del movimiento sindical como movimiento socio-político, como propugnaba el entonces responsable del movimiento obrero en la dirección del PSUC, a partir de la amplia mayoría de enlaces y jurados vinculados a CCOO fue resuelto con su expulsión para apostar por construir un sindicato a partir de la estructura orgánica ilegal de CCOO que pudiera competir con UGT, entonces en reconstrucción. Se perdió, creo, la oportunidad de construir un sindicalismo unitario hegemónico no sólo entre los trabajadores, también con influencia en el conjunto de la sociedad. También hubo un intento de convertir las Asociaciones de vecinos en organizaciones de base de la Asamblea de Catalunya. Si se hubiera llevado a cabo es más que probable que en las elecciones municipales de 1979 los resultados del PSUC hubieran sido mucho más pobres. Los órganos dirigentes en general no entendían o subvaloraban las luchas sociales en el territorio, las contradicciones específicas que allí se daban, y tendían a la instrumentalización política inmediata del movimiento popular urbano. Afortunadamente, a diferencia del caso anterior, se evitó este error (que también hubiera significado la crisis del equipo que luego preparó las elecciones municipales). En cambio no se evitó el error de la “territorialización” del conjunto de las organizaciones. Las “agrupaciones” supusieron el abandono o debilita-

supresión de las prácticas especulativas, contra la precarización y todas las formas de sobreexplotación en el trabajo, etc.²³

En nuestro ámbito (Catalunya, España, Europa) el marco democrático, la complejidad social y las interdependencias económicas nos imponen el gradualismo, las transformaciones parciales, las reformas locales, las iniciativas puntuales pero generalizables. Hay que tener en cuenta sin embargo que solamente aquellas iniciativas que tengan una cierta capacidad de articularse transversalmente con otras de naturaleza distinta tienen la posibilidad de resistir a la perversión que genera la mercantilización. Por ejemplo: intervenir en la política de vivienda supone el control público del suelo urbanizable, la política financiera que suprima la especulación, el pla-

miento de los frentes específicos de actividad política (empresas, enseñanza, sanidad, cultura, sectores profesionales, plataformas medioambientales, etc). Tampoco reforzaron la actividad barrial o urbana, al contrario, pues los militantes insertos en el tejido social del territorio se diluyeron en agrupaciones heterogéneas que se convirtieron en cenáculos de discusiones ideologizadas y grupos de apoyo de las siguientes campañas electorales. En esta conversión perversa confluyeron cuadros que se hacían ilusiones con ideas de doble poder y dirigentes que en el fondo solo estaban interesados en las próximas elecciones.

15. Una crítica inicial al eurocomunismo y específicamente a una versión radical del mismo por parte de Jordi Borja (en el artículo aparecido en el número citado de *Taula de Canvi*) se debe a Francisco Fernández Buey. Ver su artículo “Los comunistas y las democracias. Respuesta a Jordi Borja”, revista *Materiales*, núm. 3, 1977. La crítica, no más argumentada pero de efectos más contundentes, la hicieron una parte importante de militantes del PSUC, que votaron por mayoría el rechazo del «eurocomunismo» en el 5º Congreso (1981).

16. A pesar de su composición “intelectual” (incluidos en esta categoría algunos líderes procedentes del movimiento obrero) este sector, impelido por las circunstancias, es decir, la proliferación de conferencias y congresos entre 1978 y 1981 del PSUC y del PCE, no pudo elaborar una propuesta política y tuvo que moverse en lógica organizativa y de conquistar posiciones de poder para intentar la conciliación.

17. En una entrevista en *L'Avenç* Xavier Folch (octubre 2010) hace una observación pertinente sobre la relación entre la clase social y la posición política como una de las posibles claves para entender el conflicto interno del PSUC. Pero la simplificación periodística da lugar a una caricatura. Vincula la crisis del PSUC al recelo de los militantes obreros respecto a los procedentes de Bandera Roja, la mayoría adscritos al eurocomunismo, que se supone procedían de sectores acomodados. Contraponen el Baix Llobregat obrero a Sant Gervasi burgués. Un mal ejemplo: la principal base obrera de BR era el Baix Llobregat y buena parte de los representantes del sector leninista residían en la zona alta de la ciudad.

18. En este aspecto la conciliación era posible. Por ejemplo ante la cuestión del “leninismo”, que la dirección del PCE exigía que se borra-

neamiento que garantice la compacidad y el acceso a la centralidad de los desarrollos públicos, etc. En resumen se trata de insertar nuestra acción en un un proyecto revolucionario global y mundial, que no limite el concepto de marco democrático a la democracia representativa formal.

En nombre de la democracia, de su profundización, es indispensable hacer una crítica radical a las ideas dominantes que establecen la equivalencia entre democracia representativa y democracia política y social. La democracia representativa es una dimensión de la democracia, pero ni toda la democracia política se agota en la representación, ni la democracia se reduce a su dimensión política. Solamente existen políticas democráticas si la acción pública tiene por objetivos desarro-

se de los documentos básicos (Programa, Estatutos) coincidimos en reuniones de Comisión del Comité Central por separado Joaquim Sempere (“leninista”) y el autor (JB, eurocomunista) en suprimir marxismo-leninismo y en su lugar citar como fuentes de inspiración el marxismo, el leninismo, etc, etc.

19. En el curso del Quinto Congreso del PSUC el autor tuvo dos encuentros, por separado, con dos dirigentes del sector “anti-eurocomunismo”, el abogado laboralista Leopoldo Espuny y el dirigente obrero Justiniano Martínez. Compartíamos la inquietud por el resultado del Congreso que anunciaba una fractura que podía resultar irreversible, pero no supimos encontrar una salida. Insistí en la necesidad de, con todas las matizaciones que se consideraran oportunas, no rechazar el concepto de “eurocomunismo”, pues sería interpretado como un rechazo de la democracia. Ambos reconocieron que no era ya posible, muchas organizaciones territoriales habían votado en contra del concepto y no era posible desautorizarlas. Para la mayoría del grupo dirigente en cambio rechazar el eurocomunismo resultaba inaceptable. En consecuencia se votó, el presidente López Raimundo y el secretario general Gutiérrez Díaz no aceptaron la presidencia y la secretaría general. Tampoco dirigentes históricos como Miguel Nuñez y Josep Serradell (Román), éstos desde posiciones opuestas. Y un grupo de miembros de la dirección saliente, entre ellos Solé Tura, Matías Vives, Joan Busquet, Doménech Martínez, Jordi Conill y el autor publicaron inmediatamente después de la votación una declaración en la que se negaban a aceptar responsabilidades en los órganos ejecutivos y añadían una dura crítica a los responsables de la iniciativa que movilizó a una parte del partido contra el eurocomunismo, consideraban que con ello “se iniciaba la desnaturalización de la política del PSUC” y prácticamente declaraban la guerra a la supuesta nueva orientación política. Una declaración desafortunada que contribuía a acentuar la fractura interna. A pesar de todo aún era posible evitar la ruptura, pero la dirección elegida, de amplia mayoría “leninista”, se encontraba entre dos fuegos que no dialogaban entre sí. Finalmente optó por apoyarse en los “euros” y sancionó al sector llamado “prosoviético”, que a su vez formó el Partit Comunista de Catalunya (PCC). La noche de la ruptura coincidí con Román, el líder les serios, deberíamos haber evitado esto”. Esta vez coincidimos.

llar los derechos y las libertades de todos sin excepción, si se reducen las desigualdades sociales y se suprimen los privilegios y las exclusiones, si se elimina la influencia de las instituciones religiosas (casi siempre además de estructura no democrática) sobre la vida pública. Los gobiernos no pueden ser considerados democráticos simplemente por haber sido elegidos. Esta condición formal debe ir acompañada de la dimensión material, que son las políticas públicas. Si éstas no lo son, los gobiernos no son legítimos y cabe entonces la desobediencia civil. Como sucede ahora y aquí.

Este momento histórico nos obliga a los que nos sentimos parte de la historia del comunismo, de sus ideales y de los sacrificios de sus militantes, de sus errores y de sus crímenes,

a plantearnos a la vez una revisión crítica de nuestro pasado y una renovación de nuestro proyecto político. Para hacer la revisión del pasado hay que aprender de la crítica que se nos ha hecho desde dentro y desde fuera, hay que evaluar los errores y sus consecuencias y hay que asumir las culpas ante todos aquellos, incluidos muchos comunistas, que fueron víctimas de nuestra historia. Para construir un proyecto de futuro hay que priorizar la inserción y construcción de la sociedad cívico-política y plantearse la unificación de todos los que comparten la misma historia junto con los colectivos de los movimientos actuales que se reclaman de valores y objetivos similares ■

Barcelona, enero 2011

real de este sector, tomando un café, quien se lamentó de la situación: “nos hemos equivocado, xiquet, vosotros (euros) y nosotros hubiéramos debido discutir y nos hubiéramos entendido, somos profesionales serios, deberíamos haber evitado esto”. Esta vez coincidimos.

20. La revista teórica del PSUC, *Nous Horitzons*, durante la etapa final del franquismo y en la transición, bajo la dirección de Joaquim Sempere, realizó un esfuerzo interesante para concretar la vinculación entre la democracia política y la perspectiva socialista, integrando los condicionantes que imponía la realidad de una democracia y un welfare state incipientes y una economía semidesarrollada y depredadora. Veáanse entre otros los artículos de J. Sempere “L'eurocomunisme i l'acumulació de forces”; de J. Borja “Poders locals: comunistas i gestió pública”; y de Enric Cerdà (col.lectiu de la Comissió Econòmica del PSUC) “Primeres bases per democratitzar l'economia catalana”, publicados en *NH* nº 45-46, 1978.

21. La apuesta final de Santiago Carrillo en la década de los 80, en plena crisis del PCE después del derrumbe de 1982 y de la nueva línea impuesta por la dirección de Julio Anguita de “las dos orillas” (que equiparaba PP y PSOE), fue preconizar el ingreso en el PSOE para reforzar las tendencias de izquierda. Eran los tiempos en los que los “países socialistas” estaban ya en plena desintegración y los PC occidentales buscaban una nueva identidad o tendían a la marginación. Pero no era el momento oportuno, las fuerzas de uno y otro eran muy dispares y el ingreso de un conjunto de cuadros procedentes del PCE fue irrelevante a pesar de su valor personal. Curiosamente Carrillo criticó duramente un artículo mío (*La Calle*, 1978) en el que sugería que en un futuro proceso de profundización de la democracia en sentido socialista los eurocomunistas y los socialistas quizás se encontrarían a medio camino. En aquel tiempo el PCE-PSUC era muy fuerte. Unos años después no lo habría dicho. 22. Personalmente me sentí responsable de haber contribuido a la ruptura por mis tomas de posición radicales sobre el eurocomunismo (que aún comparto en lo esencial: la democracia y las libertades) sin entender que los sectores críticos con el concepto lo identificaban con una política “institucionalista” que los excluía. Una vez consumada la ruptura, lo que quedaba ya no

era “mi partido”. Además me consideraba incapacitado para seguir ocupando responsabilidades de dirección. Una posición que he mantenido hasta hoy y no espero modificar. Las faltas políticas hay que pagarlas, se las debe imponer de entrada uno mismo.

23. Ver la contribución del autor, “L'esquerra erràtica a la recerca de ciutat perduda” en el libro colectivo *L'esquerra un instint bàsic*, Pagès Editors 2008. Una versión ampliada y en castellano de este texto se publicó en Sin Permiso y forma parte de un libro que aparecerá en 2011 con el título de *Revolución urbana y derechos ciudadanos*. En este texto se proponen 7 ejes para la acción de la izquierda actual, sin pretender ni mucho menos que éstos sean los únicos: 1) Moralizar la economía. Contra la corrupción y la especulación sanciones ejemplares. Salarios mínimos y máximos. Renta básica y limitar la precariedad en el trabajo. Regulación de las transacciones financieras y reforzar la Banca pública. 2) Publicación del suelo urbanizable y urbano (o conseguir los mismos resultados mediante la fiscalidad y el planeamiento). Urbanismo de ciudad compacta y policéntrica. Prioridad a la vivienda social y protegida y priorizar la oferta de alquiler. Infraestructuras vinculadas a la sostenibilidad del territorio y a la integración ciudadana. 3) Considerar bienes públicos o sociales y servicios universales el agua, la energía, la tierra, el aire así como la sanidad, la educación, la movilidad y los medios de comunicación. 4) Laicismo estricto en las instituciones públicas y en los servicios universales. Trato por igual a todas las confesiones religiosas consideradas como entidades culturales de naturaleza privada. 5) Sustituir la ideología del miedo y las respuestas ultrasecuritarias por una concepción integral de la seguridad, las políticas preventivas e integradoras y aplicación de sanciones ejemplares a los creadores de inseguridad económica, ambiental o mediática. 6) Inmigración. Acceso a la ciudadanía por residencia. Igualdad de derechos de todos los que residen en el mismo territorio, incluidos todos los derechos políticos. Acción positiva hacia los colectivos de origen inmigrante. 7) Reforma política que simplifique la confusión actual. Reconocimiento de la legitimidad del conflicto social y sustituir la “participación” definida por cada institución por la multiplicación de escenarios de negociación de los conflictos.